

SEÑALES

SANTIAGO CLÉMENT¹

- Dicen que aparecieron huellas en lo de los Zahiamid; ¡vení, vamos a ver!
- ¿Huellas de qué?
- No saben, son unos círculos redondos, como tres, y también encontraron unos vegetales secos, como incendiados.

Lo de los Zahiamid quedaba allí del otro lado de la corriente de agua blanca. Tahirden salió corriendo detrás de Miaidar. Mientras corría sentía los vapores aromáticos que venían de la corriente y las pequeñas y espumosas partículas de avieso acariciando su rostro tibiamente; sonrió emocionado y ansioso por ver el misterioso hallazgo.

Desde su primera infancia había oído los relatos de los pobladores del lugar sobre la aparición de extrañas marcas en las piedras y el avistamiento de luces fugaces en el cielo. Su fascinación por estas historias lo había incentivado, desde chico, a realizar caminatas exploratorias por los alrededores del campo de sus padres y a quedarse largo rato observando pacientemente el cielo nocturno desde el jardín en busca de algún suceso extraño. Ahora, siendo ya más grande, las exploraciones eran más prolongadas, y llegaba a pasar noches enteras afuera, mirando el cielo, acompañado de Miaidar, su entrañable colega de aventuras. Pero, más allá de alguna que otra estrella fugaz, jamás habían visto ninguna luz surcando el cielo ni hallado marcas sospechosas en las piedras. De hecho, habían pasado varios años sin que ningún poblador volviera a descubrir algún fenómeno extraño, y las apariciones de otros tiempos no se habían vuelto a repetir. Por eso ahora Tahirden sonreía con una emoción que reavivaba los sueños del niño que aún era, por eso imaginaba la cara de sorpresa de su padre, el incrédulo; por eso corría riendo, gritando, casi llorando de la alegría.

No se preocuparon en quitarse la ropa para cruzar las aguas blancas. Saltaron decididos a la corriente y nadaron ágilmente hacia la otra orilla. Saltaron del agua con las ropas empapadas y siguieron corriendo incansablemente. Desde lejos vieron a los Zahiamid junto a otros vecinos que, reunidos

¹ Santiago Clément (20 de marzo de 1984). Reconocimientos recibidos en concursos de Argentina, España, Chile, Colombia y Cuba. Publicaciones en revistas literarias y antologías de cuentos. Libros publicados: *Recuerdos de Otro*, Editorial Troquel (cuentos fantásticos). Ocupación: Fundador y director de Vinos De Luz, organización social vitivinícola. Co-fundador de Ympacto+. Emprendedor social. Profesión: Ingeniero Agrónomo. Msc. Viticultura y Enología. Residencia actual: Mendoza, Argentina.

en un círculo, observaban el sitio. Podían distinguir desde allí unas manchas marrones y un bulto en el suelo. Miaidar gritó: “¡Hay algo, hay algo tirado en medio de ellos!” Corrieron más rápido. Los Zahiamid los vieron y agitaron los brazos llamándolos.

Los miembros de la familia Zahiamid eran sumamente hoscos. Tahirden no se llevaba mal con los muchachos, pero ciertamente no era muy divertido pasar el tiempo con ellos. Se comunicaban más con señas que con palabras, y Tahirden amaba las palabras; amaba el sonido de las palabras, amaba poder expresar sus ideas de esa forma tan preciosa y vasta que sólo mediante palabras podía lograrse; y su voz era de las más encantadoras del lugar. Pero los Zahiamid preferían las señas. También preferían mirar las piedras en lugar de las plantas, la llanura en lugar de los cerros, el suelo en lugar del cielo. Por eso Tahirden se aburría con ellos; los sabía buenos, pero los creía estrechos y poco soñadores.

Con un ansia incontenible Tahirden se acercó hasta los Zahiamid y apartó a uno de ellos para tratar de ver el bulto que se encontraba tirado en el suelo. El mayor les señaló que se acercaran e hizo un ademán como indicando que tocaran el objeto. Tahirden y Miaidar se acercaron, extendieron sus manos con una mezcla de temor y emoción y lo tocaron. Sintieron en los dedos una sensación extraña. Era una textura que nunca antes habían tocado. El bulto era un aglomerado grisáceo, blando, ligero y sin forma. No era parecido a ningún material sintético que conocieran, pero tampoco parecía el tejido de un ser vivo. Pero lo más raro era su color; un color apagado, sin brillo.

Luego de un rato de observar anonadados el extraño bulto y las marcas en el suelo, el padre de los Zahiamid los apartó a todos, puso un dedo entre los ojos y dijo toscamente “prueba científica”. Finalmente tomó el bulto y se alejó hacia la casa. Van a hacerlo analizar, pensó Tahirden entusiasmado.

Enseguida, el resto de los Zahiamid regresó también a su casa, igual que los otros vecinos. Tahirden y Miaidar se quedaron un largo rato solos en el lugar. Querían guardar en su memoria aquel hecho que tal vez no volvería a repetirse jamás; recordar cada marca, cada huella, cada indicio de que allí había ocurrido, quien sabe, una extraña visita. Regresaron a su casa casi al anochecer, felices. Atolondradamente le contaron lo ocurrido al escéptico padre de Tahirden, que dijo que ya sabía todo y que sería otra vez lo mismo que siempre; una máquina o un equipo de investigación que se había precipitado al suelo.

A los diez días corrió la noticia por el lugar; el material correspondía, efectivamente, a un trozo de una máquina utilizada para tomar imágenes aéreas que había perdido su rumbo y se había estrellado. Una máquina de los países del norte, allí donde todo son cables, chispas, engranajes y luces. En el

parque de su casa, al anochecer, Tahirden miraba un poco desilusionado hacia el cielo. La mirada entre las estrellas, volando al infinito en la nave maravillosa de su imaginación, titilando su corazón; azul, ilusión azul en el silencio de la hermosa noche. ¿Por qué no?... tantos millones de estrellas, tantos millones de posibilidades; ¿por qué no podía ser? Y ese invento de la máquina de sacar imágenes de los países del norte; una patraña, una farsa para ocultar la verdad... sí, era eso, una farsa. ¿Por qué? Porque se negaban a la posibilidad de que hubiese vida más allá, de que hubiera otros mundos.

Tahirden tuvo de pronto el impulso de ir nuevamente al lugar donde había caído la máquina. Caminó despacio, la noche ya había caído; se desvió hasta el puente para cruzar las aguas blancas, subió la prolongada loma que bordea a las corrientes y luego de un rato llegó hasta donde habían encontrado las marcas. Las fuertes lluvias de los días anteriores habían borrado casi todas las huellas. Los vegetales antes marchitos habían comenzado a rebrotar mostrando un brillo violáceo que le semejó al extraño color con el que se veían sus brazos bajo la umbría luz de aquella límpida noche. Se agachó y comenzó a mirar de cerca la zona donde recordaba que se había encontrado tirado el bulto. Comenzó a remover un poco los restos vegetales. No parecía haber siquiera indicios de que hubiera pasado en el lugar algo fuera de lo normal. Tal vez era un tonto soñador. Se sentó y, girando hacia un lado, miró hacia las luces de la casa de los Zahiamid a lo lejos. Pero al hacer ese movimiento, le pareció percibir de reojo un fugaz reflejo saliendo del suelo a unos pasos de distancia. Se levanto y se acercó hasta donde le había parecido ver el brillo, removió un poco el suelo hasta que sintió en la punta de los dedos una fría resistencia, como si hubiese tocado una piedra helada.

Escarbó un poco hasta que pudo tomar el pequeño objeto. Efectivamente era como una piedra helada, una piedrita brillante, color plata. Sus ojos se abrieron de asombro. En la piedrita se veía un símbolo extrañísimo, como una letra, pero una letra de un alfabeto diferente a cualquier alfabeto que conociera, y bien diferente a las letras del alfabeto de los países del norte. Lo levantó hacia el cielo y sonrió; sonrió con una sonrisa brillante de ilusión, una sonrisa repleta de anhelo por descubrir, como si frente a él acabase de crearse nuevamente el firmamento, como si ante sus ojos el cosmos se hubiese abierto en dos revelando un universo mucho más vasto, mucho más complejo, mucho más hermoso que el pequeño y opaco universo en el que su padre y todos los demás se empeñaban en hacerlo vivir. Entonces alzó los ojos hacia las estrellas y se preguntó si no existiría vida en otro planeta. Alzó sus cinco ojos hacia las estrellas preguntándose si no existiría vida en otro planeta.